

dades», dice san Agustín. «El más alto grado del vicio — dice el historiador inglés Lecky, — la prostitución, es, al mismo tiempo, el escudo más positivo de la virtud. Sin ella, muchas familias en donde la pureza está libre de toda tentación, estarían manchadas... Esta institución envilecida y depravada, satisface las pasiones que, sin ella, cubrirían la sociedad de vergüenza y de miseria. En tanto que las creencias y las ideas nacen, se nutren y después desaparecen, esta sacerdotisa eterna queda en pie, encargándose del pecado de los pueblos».

Por esto mismo, en buena lógica, no podemos, en su reglamentación, excedernos con medidas coercitivas, que son una forma de persecución. Ya que no podemos ser justos, evitemos ser crueles. Cuanto más persigamos a la prostitución legalizada, más aumentará la clandestina, y en la persecución de la clandestina nos veremos expuestos a atropellar a inocentes víctimas; así, miles de veces se ha denunciado a la policía de costumbres francesa como atropelladora de jóvenes honestas en la confusión de sus brutales *raffes*.

Tampoco está el remedio en exigir la responsabilidad criminal, además de la civil — que ya se encuentra en muchos Códigos, — para el agente contaminador. La cárcel no es la mejor escuela para hacer hombres honrados, y cuando de ella queremos librar a muchos criminales, considerándolos más bien enfermos que culpables, abriremos sus puertas para el blenorragico y el sífilítico. No es hora ya de los Códigos bárbaros, que tuvieron su razón de ser en otros tiempos porque respondían perfectamente a un estado de la opinión; el pensamiento moderno no debe permitir que combatamos el mal persiguiendo a la víctima.

Cazalis propone que la inspección médica preceda al matrimonio y esta misma idea se recomienda en la obra de Brieu, *Les Avariés*. Es un proceder magnífico, pero tiene el defecto que donde está más expuesto a fracasar es precisamente en las afecciones venéreas. Esta inspección podrá descubrir

muchas enfermedades, la tuberculosis entre ellas, que prohibirán el matrimonio; pero la sífilis y la blenorragia pueden ser desconocidas, sobre todo cuando hay un marcado interés en disimularlas; los médicos encargados de la inspección de prostitutas, saben cómo aquéllas pueden ocultar perfectamente la blenorragia, y Gosselin, para descubrirla en una cortesana, tuvo que presentarse con el amante, de madrugada y por sorpresa en casa de ella. La sífilis en estado latente puede pasar desapercibida; la reacción de Wassermann no es signo concluyente cuando es negativa.

¿Qué hacer, pues? Primeramente educar, instruir, hablar claro y alto. Por una falsa concepción del pudor pretendemos ocultar todos estos males, y no es precisamente cubriéndolo de flores como nos libraremos de lo pestilente, sino aventándolo al aire libre. Es preciso enseñar todos los peligros que entrañan las enfermedades venéreas, es preciso enseñar cómo se evitan, cómo se curan; los médicos, los maestros y mejor que todos, los padres, tienen que revelar a la juventud las enseñanzas que de estos hechos se desprenden.

Es, en verdad, extraña la lógica de los padres. Ellos, de sobra saben por propia experiencia que lo que recatan contar a sus hijos y a sus hijas, un amigo o una amiga se lo revelará, que se lo revelará groseramente, estúpidamente, y no obstante, prefieren que de su iniciación en los secretos de la vida se encargue el vicio antes que la serena explicación científica. Aun no han calculado los grandes males a que exponen a sus hijos con su silencio, no quieren turbar la paz de su espíritu y esperan que esta paz la turbe una fuerza ciega, ayudada por una fuerza pervertida, el instinto sexual despertado y conducido por el vicio sexual. «No se debe olvidar que la ignorancia del mal no es la virtud», dice precisamente respecto de este mismo punto un sacerdote, Fonsagrives.

Su sistema de educación moral es, como afirma Mme. Necker, una edu-